

TRANSKRYPCJA NAGRAŃ

Tarea 1

Hablante A

Empiezo algunas series, pero en el 90% de los casos las abandono transcurridos dos o tres capítulos. Considero que este formato es una de las expresiones artísticas actuales más sobrevaloradas, fruto de una realidad en la que prima, cada vez más, sentirse parte de un grupo de personas, o tener algo de qué hablar a la hora del café de la mañana. Por otra parte, la fórmula se repite hasta la náusea: un primer capítulo trepidante y adictivo, cuyo atractivo se reduce –casi siempre– a partir del segundo. Es entonces cuando empiezan las subtramas, en las que parece que sus personajes se ven envueltos en una red de intrigas inconcebibles.

Hablante B

A ver, hay series que molan, no te voy a decir que no. Si la serie es buena, nunca se alarga demasiado. Y es que, después de pasar horas y horas viendo a los mismos personajes, me parece que se establece una especie de relación con ellos. Por eso, cuando acaba una serie y desaparecen, es como si muriera una parte de ti. De todas maneras, tengo la impresión de que vivimos inmersos en una burbuja de series, lo que está bloqueando el desarrollo del cine más tradicional. Las series se han convertido en un acaparador de talentos, tanto de directores como de actores, quienes, en mi opinión, acaban malgastando su tiempo en series de las que el día de mañana nadie se acordará.

Hablante C

En la mayoría de los casos te pasas el día enganchada hasta que llegas al último capítulo. Porque, claro, si ya has empezado una serie, quieres saber cómo acaba. ¡Y muchas no acaban nunca! Lo peor es cuando parece que la serie está terminada, pero a los productores se les ocurre la genial idea de añadir una temporada más. ¡No lo soporto! Están jugando contigo y yo me siento estafada. Además, hay pocas series que no sean tóxicas. La mayoría te pone ante situaciones muy violentas o extremas para llamar tu atención, situaciones que no tienen nada que ver con el día a día y frecuentemente ilógicas. Me parece que a los guionistas se les va la olla con demasiada frecuencia y llenan los capítulos con hechos absolutamente surrealistas, sin sentido.

Hablante D

Estar pegado a la pantalla durante un día de lluvia, frío y viento es muy tentador. ¿Quién no se ha metido un atracón de su serie favorita en un día de esos? O cuando estás muy cansado después de una fiesta, y lo único que te apetece es rendirte en el sofá pensando en las musarañas mientras ves una serie, dejando que las horas vuelen. Me siento identificado con estos patrones, pero yo no me engaño. Sé que encender la pantalla supone una pérdida enorme de horas de conversación, debate, vida social, lectura o simplemente disfrute de otras muchas actividades al aire libre. En realidad, si estas series tienen éxito es porque es la manera perfecta de atontarnos todavía más, de tenernos aún más horas paralizados y entretenidos aludiendo a nuestros más bajos instintos.

Tarea 2

Texto 1

- Periodista:** En su documental sobre las mujeres en las Ciencias usted intercala entrevistas a veinte investigadoras españolas. ¿Cómo las seleccionó?
- Entrevistada:** Me guie sobre todo por la variedad en cuanto a sectores. Quería escogerlas de distintas ramas y, sobre todo, de aquellas en las que hay un porcentaje más bajo de mujeres.
- Periodista:** También hay variedad respecto a las generaciones: veteranas y muy jóvenes.
- Entrevistada:** Sí, están tanto la primera catedrática de Física Nuclear como otras físicas que trabajan como doctorandas. Lo que buscaba era no solo mostrar a gente conocida, sino también a otras más anónimas que tienen muchísimo talento. Es una forma de animar a las jóvenes para que se vean más identificadas y más motivadas para estudiar Ciencias: darles modelos inspiradores de distintos perfiles.
- Periodista:** ¿Se ha encontrado con muchas discrepancias en temas como, por ejemplo, el de las cuotas?
- Entrevistada:** Bueno, algunas científicas declaran que les disgusta todo tipo de discriminación, tanto positiva como negativa. Es decir, no quieren que las discriminen por el hecho de ser mujer, pero tampoco que les otorguen favores por serlo. Otras opinan que las cuotas son necesarias porque si no hacemos algo y no ponemos las medidas necesarias, no se conseguirán mejores porcentajes. Sus visiones sobre el tema difieren.
- Periodista:** No puedo acabar sin preguntarle por el título de su documental: ¿Por qué tan pocas?
- Entrevistada:** Me quedaría con que no son pocas, sino invisibles, y lo han sido a lo largo de la historia. Puedo citar cantidad de casos comprobados de mujeres no premiadas con un Nobel que estaban detrás de esos avances y cuyo aporte no ha sido reconocido por prejuicios sexistas. ¿Por qué hay tan pocas mujeres con premios y en los puestos de decisión? ¿Es porque no les interesan? Lo dudo, pero estoy convencida de que ahí está la clave del problema.

Texto 2

Los sombreros forman parte de la historia de la humanidad desde hace miles de años. El primer sombrero como tal lo usaban en la Antigua Grecia campesinos, cazadores y viajeros que necesitaban protegerse del sol o de la lluvia. Era un sombrero de fieltro de ala ancha. Los griegos, además, llevaban un sombrero sin ala, en forma de cono truncado. A fines de la Edad Media, con el auge de las universidades, esta pieza resurgió y se extendió por toda Europa como el birrete de cuatro lados.

En el mundo grecolatino, el sombrero era atributo del hombre. Las mujeres se cubrían la cabeza únicamente con alguna tela o capuchas para salir a la calle. Esta costumbre se extendió hasta avanzada la Edad Media. Las mujeres empezaron a usar sombreros ya de forma habitual a partir del siglo XVIII. Sus tocados eran cada vez más extravagantes. La fabricación de sombreros se convirtió entonces en un próspero negocio.

El oficio de sombrerero puede parecer inofensivo, pero no era así en el siglo XIX, en que muchos fabricantes de esta prenda murieron por culpa de su trabajo, aunque la causa no se supo hasta mediados del siglo XX. Hasta esa época, muchos sombrereros habían padecido una enfermedad llamada hidrargiria, provocada por el mercurio que utilizaban para procesar el fieltro con el que confeccionaban los sombreros. Al manipular el mercurio, los artesanos inhalaban sus vapores tóxicos, se iban envenenando lentamente y sufrían síntomas que se confundían con la locura. En inglés se usa desde entonces la expresión coloquial “loco como un sombrerero”. Lewis Carroll se inspiró en la hidrargiria para crear el personaje del “somerero loco” de su obra *Alicia en el país de las maravillas*.

A los humanos nos gusta parecer más altos, ya sea usando zapatos de tacón, o con sombreros de copa alta. John Hetherington, el presunto inventor del sombrero de copa, lo llevó en público por primera vez en 1797, causando una gran conmoción y varios desmayos. Hetherington fue acusado de escándalo público y arrestado, y se le impuso una fianza de 500 libras. Pese a ello (o por ello), el sombrero de copa se puso de moda rápidamente. Si eras alguien, tenías que llevar sombrero de copa.

Hay varias teorías que explican la desaparición del sombrero de nuestras cabezas desde los años 50 del siglo pasado, pero la más importante es el desarrollo y uso generalizado del automóvil. El coche ofrece cobijo de la lluvia y del sol y hace que el sombrero pierda su función protectora. Además, el techo de los coches es incompatible con muchos modelos de sombrero. Aunque sigue habiendo gente que suele ponerse uno de vez en cuando, ya sea porque le guste, le parezca elegante o porque quiera ocultar una calvicie o el pelo sucio, hoy en día el sombrero se considera más bien una extravagancia costosa que está en vía de extinción.

Adaptado de www.quo.es

Tarea 3

A muchos les ha escandalizado mi reciente inciso referente al teatro. Hablando de mis obras literarias preferidas mencioné las comedias bárbaras de Valle-Inclán, y añadí: “y eso que detesto el teatro”, lo que desató una verdadera tormenta. Por eso, trataré de explicarme, pero será la exposición de una mera manía personal: no pretendo tener razón ni aportar argumentos objetivos ni, desde luego, convencer a nadie. Vayan al teatro ustedes, faltaría más.

Creo que el primer culpable de que yo perciba la representación teatral como pobre, hierática e inverosímil es el cine. En el cine uno adopta todos los puntos de vista imaginables, el propio del espectador pero también el de cada personaje. Contempla la acción y a los intérpretes de lejos o de cerca, no hay nunca el menor impedimento para cambiar de tiempo o de espacio, asistir al pasado y al presente, y tantas cosas más.

En el teatro, por el contrario, nuestra perspectiva no varía: tenemos a los personajes siempre a la misma distancia, apenas vemos sus caras. Además, no logro sacudirme con facilidad el distanciamiento que me produce la comparativamente pobre escenificación. Me molesta que los decorados se noten tanto y se perciban tan artificiales. Pero en fin, si fueran tan solo las deficiencias técnicas del teatro de antaño o tradicional... Podría sobreponerme a ellas y entrar en el juego.

El mayor problema es que el teatro que me ha tocado en mi época ha pretendido casi siempre ser “innovador”. Si se trata de una obra clásica, uno ya no ve nunca esa obra, sino una adaptación o recreación que se fundamenta por lo general en la destrucción de la obra clásica: hay quienes deciden prescindir del verso o vestir a Julio César y Marco Antonio con chaqueta y corbata, o los hacen corretear desnudos durante la representación entera, aunque hay gran afición a vestir a todo el mundo con una especie de sacos espantosos, todos iguales. A los actores se los suele convencer de que sean “muy naturales” o “muy artificiales”, pero en ambos casos el resultado es idéntico: una verdadera incapacidad para recitar los textos de manera que se escuchen y prendan la atención del espectador.

En fin: lo último que se me ocurre es sentarme a ver aburridos juegos de luces, danzas más o menos histéricas, saltos, piruetas y juglaría, y nada detesto tanto como los mimos y los juglares. Comprenderán que cuando el espectáculo viene así envuelto, me es muy difícil creérmelo. ¿Y qué hago yo ahí sentado en las tinieblas durante dos horas, si no me lo creo? Eso sí, obras teatrales a veces –y con placer– las leo. Contra eso no tengo nada.

Adaptado de algarabia.com